

había entendido, y estaba como agua para chocolate, no aguantó mucho. Se despidió á poco rato y nos fuimos.

En la calle me dijo: —¿Qué te parece de este mono? ¡Quién no lo hubiera conocido! Ahora, porque está ordenado de Evangelio, quiere hacer del formal y arreglado; pero á otro perro con ese hueso, que ya sabemos que todas esas son hipocresías.

Yo le corté la conversación; porque me repugnaba murmurar algunas veces, y nos fuimos á otras visitas donde nos recibieron mejor y aun nos dieron de almorzar.

Así se pasó la mañana hasta que dieron las doce, á cuya hora nos fuimos al mesón; sacamos veinticinco pesos del puntero, y nos fuimos al juego.

En el camino dije á Enero: —Hombre, si van los payos, donde nos acierten un albur, nos lleva Judas.— No nos llevará, me dijo, ¡ojalá vayan! ¿Pues tú piensas que está en ellos el errar ó acertar? No, hijo, está en mis manos. Yo los conozco y sé que juegan la apretada figura, y así les amarro los albuces de manera que si ponen poco, dejo que venga la figura, y si ponen harto, se las subo al lomo del naipe. Eso malo tiene el jugar cartas de afición ó una regla fija.

—¿Pues qué, tiene reglas el juego? le pregunté, y me dijo: —Lo que los tahures llaman reglas no es sino

un accidente continuado, en barajando bien, porque que venga el cuatro contra la sota, es un accidente; que venga después el siete contra el rey, es otro accidente; que venga el cinco contra el caballo, es otro, y así aunque se hagan diez ó veinte contrajudíos, no son más que diez ó veinte accidentes ó un accidente continuado. No hay mejor regla ni más segura que los *zapotes*, *deslomadas*, *rastrillazos* y otras diligencias de las que yo hago, y aun éstas tienen su excepción, que es cuando se la advierten á uno y le ganan con su juego; por eso dice uno de nuestros refranes que *contra vigiata no hay regla*. Lo demás de *judía*, *contrajudía*, *pares y nones*, *lugar*, y todas esas que llaman reglas, son entusiasmos, preocupaciones y vulgaridades en que vemos que incurren todos los días hombres, por otra parte nada vulgares; pero parece que en el juego nadie es dueño de su juicio. Ten, pues, entendido que no hay más que dos reglas: *La suerte y la droga*. Aquélla es más lícita, pero ésta es más segura.

En esto llegamos al juego, y Enero se sentó como siempre; pero no jugó más que un peso; porque iba con intención de poner el monte, pues, según él decía, así llevaba nuestro dinero más defensa; porque *de Enero á Enero, el dinero es del montero*.

Así que se acabó la partida pusimos nuestro burlo-tillo, y ganamos diez ó doce pesos, porque no fueron los

pollos gordos que esperaba; sin embargo, nos dimos por contentos y nos fuimos.

Así pasamos con esta vuelta como seis meses ganando casi todos los días, aunque fuera poco. En este tiempo aprendí cuantas fullerías me quiso enseñar Januario. Compramos camas, alguna ropa más y la pasamos como unos marqueses.

Nada me quedó que observar en dicho tiempo en asunto de juego. Conocí que es una verdad que es *el crisol de los hombres*, porque allí descubren sus pasiones sin rebozo, ó á lo menos es menester estar muy sobre sí para no descubrirlas, lo que es muy raro, pues el interés ciega y en el juego no se piensa más que en ganar.

Allí se observa el que es malcriado, ya porque se echa en la mesa, se pone el sombrero, no cede el asiento ni al que mejor lo merece, le echa el humo del cigarro en la cara á cualquiera que está á su lado, por más que sea persona de respeto ó de carácter, y hace cuantas groserías quiere sin el menor miramiento. Lo peor es que hay un axioma tan vulgar como falso que dice que *en el juego todos son iguales*, y con este parco ni los malcriados se abstienen de sus groserías, ni muchas personas decentes y de honor se atreven á hacerse respetar como debieran.

De la misma manera que el grosero descubre en el juego su falta de educación con sus majaderías y ordina-

rieces, descubre el inmoral su mala conducta con sus votos y disparates; el embustero su carácter con sus juramentos; el fullero su mala fe con sus drogas; el ambicioso su codicia con la voracidad que juega; el mezquino su miseria con sus poquedades y cicaterías; el desperdiciado su abandono con sus garbos imprudentes; el sinvergüenza su descoco con el arrojo con que pide á su sombra; el vago... pero ¿qué me canso? Si allí se conocen todos los vicios, porque se manifiestan sin disfraz. El provocativo, el truhán, el soberbio, el lisonjero, el irreligioso, el padre consentidor, el marido lenón, el abandonado, la buscona, la mala casada, y todos, todos confiesan sin tormento el pie de qué cojean; y por hipócritas que sean en la calle, pierden los estribos en el juego y suspenden toda la apariencia de virtud, dándose á conocer tales como son.

Malditas son las nulidades del juego. Una de ellas es la torpe decisión que reina en él. Al que lleva dinero hasta le proporcionan el asiento, y cuando acierta, lo alaban por un buen punto y diestro jugador; pero al que no lo lleva, ó se le arranca, ó no le dan lugar, ó se lo quitan, y de más á más dicen que es un *crestón*, término con que algunos significan que es un tonto.

En fin, yo aprendí y observé cuanto había que aprender y que observar en la carrera. Entonces me sirvió de perjuicio, y ahora me sirve de haceros ad-

vertir todos sus funestos resultados para apartaros de ella.

No os quisiera jugadores, hijos míos; pero en caso de que juguéis alguna vez, sea poco, sea lo vuestro, sea sin droga; pues menos malo será que os tengan por tontos, que no que paséis plaza de ladrones, que no son otra cosa los fulleros.

Muchos dicen que juegan *por socorrer su necesidad*. Este es un error. De mil que van al juego con el mismo objeto, los novecientos noventa y nueve vuelven á su casa con la misma necesidad, ó acaso peores, pues dejan lo poco que llevan, acaso se comprometen con nuevas drogas, y sus familias perecen más aprisa.

Habréis oído decir, ó lo oiréis cuando seáis grandes, que muchos se sostienen del juego. Yo apenas puedo creer que éstos sean otros que los que juegan con la larga, como dicen, esto es, los tramposos y ladrones, que merecían los presidios y las horcas mejor que los pillos Maderas y Paredes; ¹ porque de un ladrón conocido por tal pueden los hombres precaverse; pero de éstos no.

Semejantes sujetos sí creo que se sostengan del juego alguna vez; pero los hombres de bien, los que trabajan y los que juegan como dicen, *á la buena de Dios*, lo tengo por un imposible físico, porque el juego

¹ Dos famosos ladrones que hubo en México.

hoy da diez y mañana quita veinte. Yo sé de todo y os hablo con experiencia.

Otra clase de personas se sostienen del juego, especialmente en México... ¿Nos oye alguno?... Pues sabed que éstos son ciertos señores que teniendo dinero con que buscar la vida en cosas más honestas y no queriendo trabajar, hacen comercio y granjería del juego, poniendo su dinero en distintas casas para que en ellas se pongan montes, que llaman partidas.

Como este modo de jugar es tan ventajoso para el que tiene fondo, ordinariamente ganan, y á veces ganan tanto, que algunos conozco que ruedan coche y hacen caudales. ¿Qué tal será la cosa, pues para acomodarse de *talladores ó gurupiés* con sus mercedes, se hacen más empeños que para entrar de oficial en la mejor oficina? Y con razón; porque el lujo que éstos ostentan y la franqueza con que tiran un peso, no lo puede imitar un empleado ni un coronel. Ya se ve, como que hay señorito de estos que tienen de sueldo diariamente seis, ocho y diez pesos, amén de sus buscas, que ésas serán las que quisieren.

También menudean los empeños y las súplicas para que los señores monteros envíen dinero á las casas para jugar, por interés de las gratificaciones que les dan á los dueños de ellas, que cierto que son tales, que bastan á sostener regularmente á una familia pobre y decente.